



UNA QUEBRADA EN LLIU LLIU.—Hacienda de don Enrique Vicuña Subercaseaux

EN EL RODEO

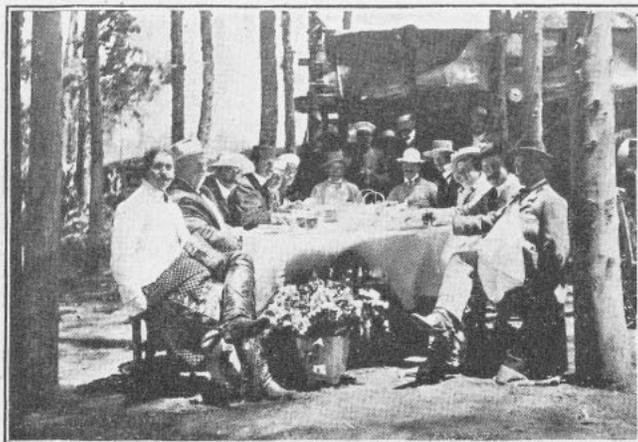
El día antes se había terminado la encierra. Por todos los caminos, los que bajan del monte, los que vienen desde el confin de los llanos, cruzaron piños de animales a cuyos flancos trotaban los incansables perros de los campañistas conductores del arreo. Viéndolos pasar los campesinos, entusiasmados, ultimaban los preparativos para la mañana siguiente.

Por eso desde las primeras horas, un aire de fiesta parecía flotar sobre la hacienda entera. Las mujeres con sus trapitos de cristianar y los huasos con nuevos y lucientes aperos, llenaban las sendas en dirección a los corrales del rodeo, donde pronto se agruparon todos

los inquilinos en confusa algarabía. Sólidas tapias circuían el recinto. En torno se ensanchaban los campos donde el lijero matiz dorado de las sementeras alternaba con el terciopelo verde de los pastales contenidos por líneas de álamos cubiertos con los frescos retoños de la estación; en el confin, las lomas salpicadas de matorrales, recortaban el cielo con sus flojos perfiles y abrazándolo todo fulgía en lo alto un hermoso sol primaveral.

El rodeo, que es de por sí la mas bullada faena de los campos, ofrecíase espléndido esta vez, gracias a la ayuda del patron.

Bajo las ramadas que se construyeran a propósito, bullia un zumbador enjam-



EN LLIU LLIU.—El almuerzo

bre en medio del cual se mostraban algunas mujeres atareadas en la preparacion de las viandas, cuyo olor se esparcia en el aire con tentadoras promesas. De un lado a otro se hilvanaban picantes comentarios. Entusiasmados e impacientes, los jinetes ensayaban sus cabalgaduras lanzándolas en frenéticas carreras, terminadas con hábiles y peligrosos jiros. Se revolvia inquieta la vacada y de todo el conjunto brotaba indefinible vocerío que iba a perderse a lo lejos en amplia onda sonora.

En el corazon de Juan Francisco encontraba eco el contento jeneral; la fiesta le ofrecia ocasion de platicar largamente con la Rosa para resarcirse de los pasados dias de aislamiento y por eso desde su arribo el mozo se le ofreció como ayudante.

Desempeñando la tarea encomendada, se habian separado un poco de los grupos y los demas campesinos, viéndolos absortos en su discreto, hacian maliciosos guiños; los mas chuscos arriesgaban cualquier broma.

—¡ Bueno el niño, como cuenta la plata!

—Aprovecha, hijo, que el tiempo que se va no vuelve—recomendó al pasar un viejo labriego, inquiriendo en el rostro de su arrugada compañera, que se balanceaba a la grupa, la verdad del proverbio.

Complacida la moza, miraba al "guaina" con ojos chispeantes que traducian su íntimo contento. Y era tan gentil la pareja que arrancó a la mujer del rústico filósofo piadosa bendicion:

—¡ Que Dios los haga bien felices!
Atizando el fuego, Juan Francisco

continuó sordo a todas aquellas buenas intenciones, preocupado solamente de su cariñosa plática. Libre de la manta, la corta chaquetilla acusaba su alto y fornido cuerpo y al inclinarse hácia la muchacha para hablarle mas cerquita, relucian sus ojos negros llenos de codicia.

—Mira que te quemas, hombre

—En tu fuego, mi bien.

—Nó, tonto, en la llama...

Y los labios rojos como la verbena, vertieron sobre él la cascada armoniosa de su risa.

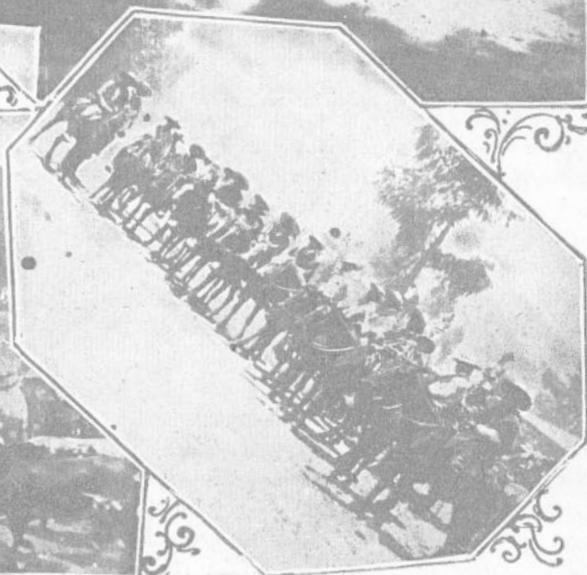
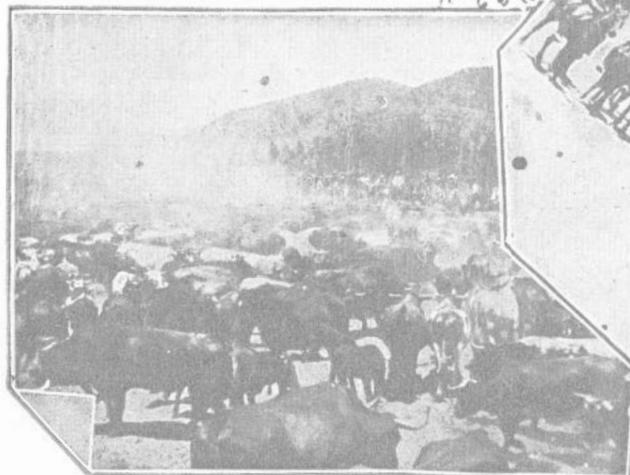
—Bueno, apúrate para que nos vamos.

—Lo que falta es que me apures, como si fueran muchas las veces que te veo.

—¿ Pero qué quieres? ¿ Acaso no sabes cómo me vijilan? José no me despinta la vista y aunque nada dice, aconseja por lo bajo a mi mamita... Mira, ahí viene.

—¡ Mal haya la suerte mia!

Se fué la moza con lijereza, plegando su falda para evitar los caballos.



Llegaba José al paso lento de su cabalgadura; trigueño el rostro, enjuto, saliente la mandíbula inferior cuya negra y tupida barba resaltaba sobre la bufanda de lana arrollada al cuello; un largo poncho oscuro de campañisto y un sombrero de paño echado a la frente completaban su arreo. Antes de alcanzar las quinchas se detuvo un momento clavando en Juan Francisco rencorosa mirada; desmontó despues, perdiéndose en los grupos.

El moceton cojió de la brida a su caballo

suyas, concluyó por rechazar a Juan Francisco, cuyas esperanzas de matrimonio ella misma alentara en otro tiempo.

El carácter solapado del campañisto le habia hecho pocas amistades y algunos incidentes que se referian de su pasada vida en las minas lo acusaban como un mal sujeto. pero en el ánimo de la viuda no ahondaban aquellas habladurias y José continuó siendo su paño de lágrimas.

Por último, diversas circunstancias dejaron traslucir los manejos del antiguo minero.



EN LLUVIA.—Señores Ernesto Funch Claudio Vicuña S. Enrique Lueje Ismael Vicuña S. Enrique Vicuña S. Rudge Julio Velasco y Cárlos Montaner U.

y anduvo meditando y con la vista gacha hasta un grupo de carretas cercanas, despechado con aquel contratiempo.

Desde una semana atras acechaba inútilmente una ocasion de ver a la moza, porque la vijilancia que se ejercia sobre ella era cada dia mas estrecha.

A la muerte del padre, el compañero José ofreció a la esposa sus consejos y su ayuda. Por su cuenta se hicieron las diligencias del entierro y posteriormente el mísero hogar hubo de agradecerle muchos favores, con los cuales fué captándose hábilmente la gratitud de la viuda, hasta sujetar por completo a su albedrio la débil voluntad de la campesina, quien, por insinuaciones

y surjida quizás de dónde, corrió la nueva de que José se casaba con la Rosa.

...El sol caia a plomo sobre las carretas y Juan Francisco insensible a su caricia. seguia inmóvil con la barba apoyada en las manos y los ojos fijos en los distantes grupos. Sobre los alambres del cercano lindo dos diucas chillaron, invitando a hundirse en la sombra del oleante trigal; un brusco movimiento del hombre que se alzó para mirar por encima de los toldos, las hizo emprender el vuelo hácia las espigas tentadoras...

Al principio quiso el mozo provocar al campañisto, pero éste rehuia una reyerta

en la que, visto el vigor de su contrario, hubiera sacado la peor parte. Luego, acomodándose a una situación que no le era dado mejorar, Juan Francisco logró verse con la joven gracias a la ayuda que le prestara una amiga, pero también les faltó este apoyo y desde entonces sus entrevistas se hicieron difíciles.



Desde los corrales llegaba el aturdidor vocerío de los huasos, alistándose ya para comenzar la faena: rompiendo el bullicio se dejaba oír el canto armonioso de una mujer...

*Dicen que no nos queremos
Porque no nos ven hablar...*

Y al punto, como respondiendo a la cariñosa frase, se unía a su tono agudo el ronco acento de un hombre y ambos terminaban la estrofa:

*...A tu corazón y al mío
Se lo pueden preguntar.*

La llegada del amo puso en movimiento a los impacientes corredores que llenos de entusiasmo, requirieron con premura sus caballos. Se quitaron las trancas y casi atropellándose irrumpieron en el recinto para distribuirse el trabajo: encargados unos de las puertas se entregarían otros a la parte activa de la arriesgada faena.

En las ramadas ofrecían las mujeres el último vaso para que los jinetes cobraran valor, acompañando la oferta con alguna broma.

—Tome, José, puede que esto le quite la pena y le dé ánimos.

—Gracias, no me asustan estas cosas.

—¡Pero yo sé quién le mete miedo!...

Coloreóse el semblante del hombre ante aquella alusión a su prudencia y sin decir palabra, mientras plegaba los labios con desdenoso gesto, paseó los ojos por las ramadas buscando a la Rosa. Sin haberla visto, hubo de obedecer al llamado que le hacían desde el redondel. Sin ánimos de tomar parte en el correteo, ocupó su puesto y deshojando el lazo, introdujo el rollo en la mano

izquierda y en tanto que con torpes dedos formaba una lazada, sus ojos inquirían con insistencia hacia afuera, fruncidas las cejas con rabioso gesto.

Empezaron las carreras veloces en que los jinetes esponen su vida al separar y correr la res. Nubes de polvo ascendieron confundiendo en el aire con el humo de las próximas fogatas. Mujían temerosos los animales, ladraban los perros y los chiquillos, desde las pircas, atronaban el aire con sus gritos y silbidos. A ratos ráfagas frescas oreaban las frentes sudorosas, ajitando las mantas.

—¡Al negro! ¡al negro!—indicaba con estentórea voz el vaquero encargado de señalar los animales.

Y el novillo, desprendido del conjunto, huía veloz, empujado por los jinetes que lo azuzaban con sonoro grito:

—¡Ah! toro... ¡ah! torooooo...

A veces, dada la velocidad, parecía que el grupo entero iba a incrustarse en la pirca que circuía la media luna, pero oprimido contra la muralla por uno de los jinetes, el animal era obligado a detenerse, en tanto que el otro corredor esperaba la vuelta y cojiéndole a su vez, continuaba la huida empujando uno, paleteando el otro hasta dejarlo en el corral vecino.

Traído por piadosa mano, circulaba de tiempo en tiempo entre los corredores un cacho rebosante, y el rosado chacolí parecía llevar al corazón de los jinetes un caudal abundante de regocijo que se trocaba en nutridas y alegres cuchuffetas.

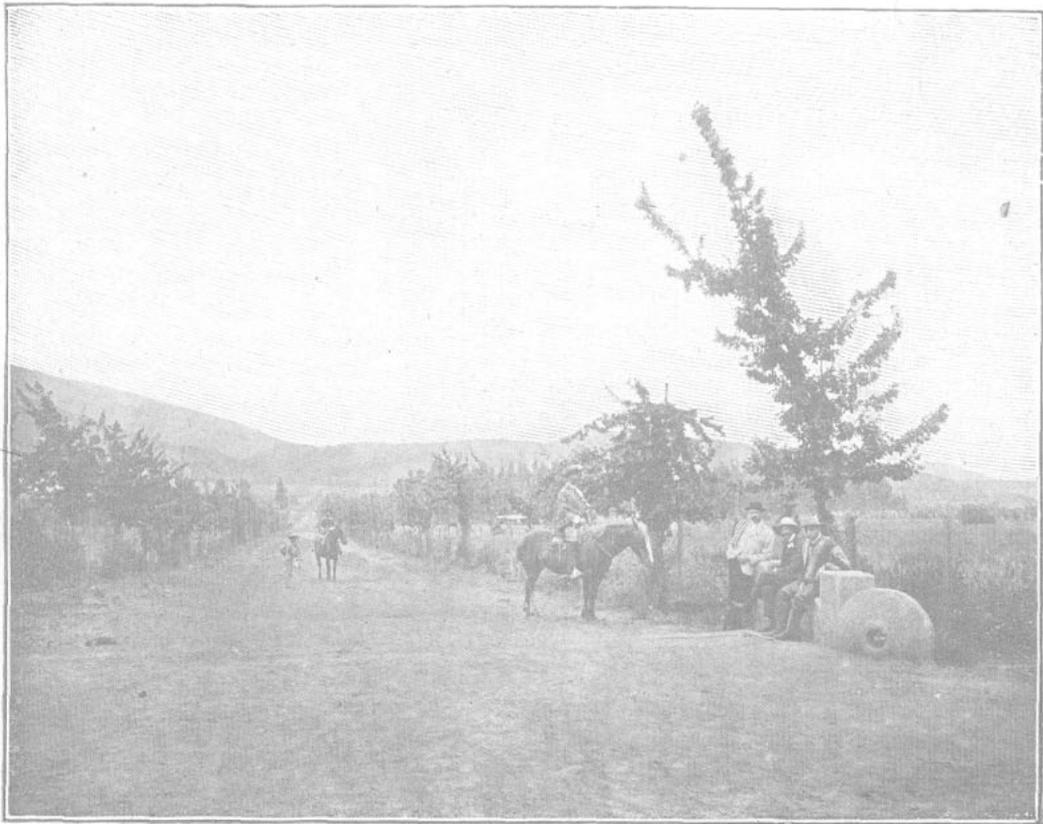
Seguían las carreras.

Taciturno, como si la animada escena no tuviera atractivos para él, José permanecía inmóvil en su puesto, sin entusiasmo, inclinado sobre su cabalgadura con desmañado ademán. El calor, el polvo acre que levantaban los cascos y los varios tragos con que remojara la garganta, le produjeron una febril excitación que le hacía fulgurar la pupila contraída por la vislumbre del sol.

Estiraba el cuello por sobre la pista, tratando de ver hacia afuera. De pronto, su ceño se contrajo, vibraron sus párpados y se quedó suspenso.

A la distancia les vio venir caminando





Vista de un camino tomada desde las casas

espacio. El membrudo moceton se inclinaba con cariño hácia la moza esbelta y flexible: tal un árbol vigoroso presta su apoyo a la débil guía que medra a su pié.

Al llegar a las ramadas, permanecieron un instante aun hablándose; despues Juan Francisco cabalgó para entrar al recinto. Apareció en la puerta jinete en su alazan, cuyas corbetas hacian tintinear sus grandes y brillantes espuelas de vaquero.

Se estremeció el campañisto al verlo y sus ojos llamearon bajo el arco negro de las cejas.

—¡Al rosado! ¿quién se le atreve al rosado?—repercutió nuevamente la voz sonora del apartador, mientras la corta picana señalaba un novillo montaraz de agudos cuernos.

El vaquero gritó con entusiasmo:

—¡Echamelo! allá voi—y en tanto con gallardo movimiento inclinaba a un lado su amplio sombrero de pita, las espuelas se hundieron en los hijeres de su cabalgadura.

—¡Juan Francisco! ¡va a correr Juan Francisco!—y hubo entre los curiosos un movimiento de simpatia hácia aquel diestro jinete.

Junto a la puerta se agruparon algunas

mujeres; entre ellas, la Rosa seguia con ávidos ojos, resplandecientes de orgullo, los movimientos del corredor.

Al costado del animal, flotando al viento la rayada manta y seguido de otro jinete, partió el mozo desde un extremo, paletéando el grueso novillo. Pero al sentirse empujado, el animal tomó tal velocidad que para alcanzarlo la carrera hubo de hacerse vertiginosa y por un descuido del jinete, enardecido con la admiracion que provocaba su destreza, su caballo se pasó adelante del vacuno que en tal situacion iba a reventarlo si no se le detenia antes de llegar a la muralla que limitaba el redondel.

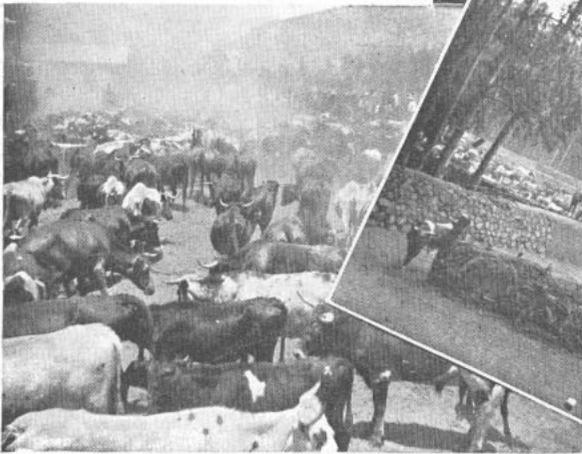
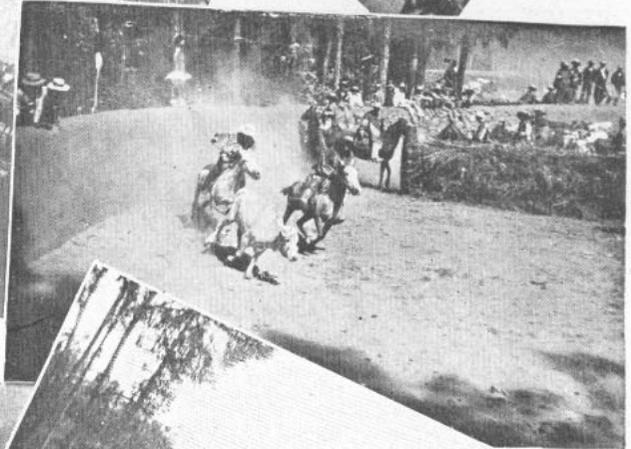
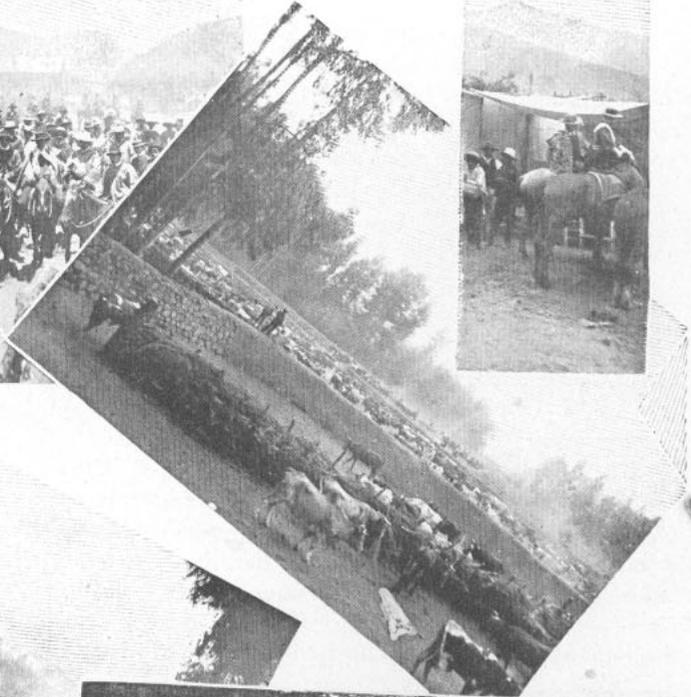
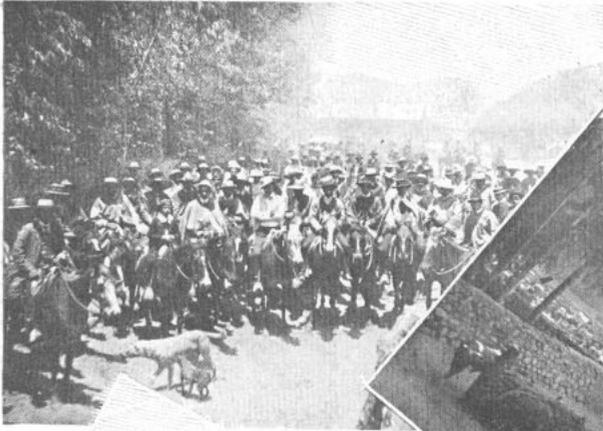
El compañero se detuvo espantado.

La inminencia del peligro impedia cualquier socorro de parte de los demas; entonces, cuando el grupo iba a cruzar por delante del campañisto, como única esperanza, surgió un grito:

—¡El lazo, José! ¡Plántele el lazo, que lo mata!

—¡Que lo mata, por Diosito!—ahullaron las mujeres.

José levantó la cuerda borneándola vigorosamente por sobre su cabeza... Aquel instante fué eterno; algo siniestro cruzó por



Diversas instantáneas tomadas durante el rodeo en Lliu-Lliu

los ojos del hombre. De pronto su brazo se hizo flojo y la lazada fué a caer sobre las ancas del animal.

No hubo remedio y un segundo despues el peloton entero fué a estrellarse contra la pirca, rodando por el suelo en confuso monton.

El caballo se alzó tembloroso, mientras el cuerpo del vaquero, herido y manando sangre, yacia inmóvil junto al novillo desnucado.

Un calofrio de horror ajitó a los presen-

tes; por un instante reinó profundo silencio; luego los huasos y el grupo de mujeres corrieron presurosos hácia el moribundo.

Desmontándose a prisa, José detuvo a la Rosa. Sus pupilas despedian ardientes reflejos; pálido, sus labios temblaban y en tanto le oprimia brutalmente el brazo, con voz ronca le lanzó a la cara toda su rabia:

—¡Pa que aprenda!...

...Mecido por la brisa, en la anchurosa amplitud del cielo, se desleia lentamente el humito azul de las fogatas.

RAFAEL MALUENDA L.

